



X

Alberto en lucha perpétua con sus ideas, buscando siempre lo desconocido, disgustado con lo que poseía, y sin fuerza para desprenderse de ello, contradicción perpétua en todo, y sin saber porque resolverse, escribía á su amigo Silvio, una carta en la cual, tomando por tema la lectura de algunas obras dramáticas, con las cuales procuraba entretenir el tedio que le abrumaba, le decía entre otras cosas.

En este teatro escrito por las hadas, y cuyas obras deben ser ejecutadas á la luz de la luna, he

encontrado una pieza que me agrada extraordinariamente. Es una obra extraña, sin una idea determinada, vaga, indecisa, donde la intriga es tan vaporosa, y tan singular, los caracteres de los personajes, que el mismo autor, no sabiendo que título darle la ha denominado, *Como mejor os agrade* nombre elástico que lo encierra todo.

Leyendo esta obra extraña se siente uno transportado á un mundo desconocido, del cual no se tiene la más baja reminiscencia.

No se sabe si está uno muerto ó vivo, si despierto ó durmiendo. Graciosas figuras os sonrien dulcemente y conforme van pasando os saludan amigablemente; os sentís completamente turbados á su vista como si repentinamente, y al volver el recodo de su camino os encontráseis con vuestro ideal ó que el fantasma olvidado de vuestra primera querida se os mostrase allí.

Multitud de arroyos se deslizan murmurando débiles quejas, el viento agita los añosos árboles del bosque sobre la cabeza del anciano duque desterrado, con suspiros compasivos, y cuando el melancólico James bajo las hojas del sauce, lanza sus dolientes quejas filosóficas, parece que sois vos mismo quien habla y que el más secreto y el más obscuro de vuestros pensamientos se ilumina de repente.

No puedes imaginarte querido Silvio, el efecto que me producen esta clase de obras y en particular esta de que te hablo, y de la cual también hablaba frecuentemente con los demás.

Con Teodoro y con Rosita sostenía grandes discusiones respecto á ella.

Rosita está por la verdadera verdad, así es que no participa gran cosa de mi sistema. Teodoro dá al poeta alguna más latitud y admite una verdad de convención y de óptica, y yo sostengo que es preciso dejar todo el campo libre al autor, y que la fantasía reine como soberana.

Muchos de nuestros compañeros opinan que esta clase de obras están fuera de las condiciones teatrales, por cuya razón no se pueden representar, pero yo he respondido que si bien esto es verdad en un sentido, es falso en otro y que la posibilidad ó imposibilidad de la escena carecían de verdadera justicia y que las razones que daban, eran más bien preocupaciones, puesto que la pieza *Como mejor os agrade* era de fácil ejecución, sobre todo para personas de buena sociedad que no tenían la costumbre de hacer otros papeles.

Hablando en este sentido ha nacido en alguno de nuestros compañeros el deseo de representar la obra, y una vez lanzada la idea, ha hecho rápidamente su camino.

La estación está muy adelantada, se han agotado todas las diversiones, y las pocas que nos quedan por mucha variedad que les demos, no tienen ya fuerza suficiente para entretener la velada, así es que la idea como he dicho ha producido algún entusiasmo.

Un joven que sabe pintar se ha encargado de las decoraciones y el teatro se ha instalado en la sala más grande del castillo. Rosita debía hacer el papel de Rosalinda que es la protagonista, papel que le

correspondía de justicia, tanto por ser la dueña de la casa como por el lazo que conmigo la une, pero por uno de esos caprichos extraños y mucho más en persona que como ella no tiene grandes escrúpulos, no se ha querido vestir de hombre.

Si yo no hubiese estado convencido de lo contrario, habría creído que tenía las piernas torcidas.

Reusando la dueña de la casa aquel papel, ninguna de las demás señoras han querido aceptarle y esto hubiese hecho fracasar mi proyecto á no prestarse Teodoro que iba á hacer el papel de James, el melancólico para hacer el de Rosalinda teniendo en cuenta que exceptuando el acto primero en que va de mujer, en los demás viste de hombre.

No puedes imaginarte el espectáculo tan curioso que ofrecemos todos paseando por los jardines ó por los rincones más retirados del parque con nuestros papeles en la mano alzando los brazos, tomando actitudes y murmurando frases de ira, de amor, ó de sorpresa.

Nuestro joven pintor ha hecho maravillas. El decorado es precioso y ha hecho los figurines de nuestros trajes según mis indicaciones.

Pero aquí, querido amigo, es donde ha empezado lo gordo:

Este color no va bien con este otro; esta falda es demasiado corta y se me verán las piernas. Eso es muy bonito pintado pero yo no me presento así. Este peinador me hace aparecer muy vieja. Esta gola, es demasiado alta, y parece que no tengo cuello.

Estas frases y otras por el estilo estaba oyendo sin cesar y no te puedes imaginar la prodigiosa cantidad de lisonjas que hemos tenido que prodigar para conseguir que todas estas señoras se conformen con sus trajes.

¡Si vieras qué desorden tan grande reina en el castillo! Todos los cajones están abiertos, todos los armarios están vacíos. Esto es un verdadero saqueo. Las mesas, los sillones, todo está lleno de vestidos, de manteletas, velos, de jubones, de tocas, de sombreros, en fin, no sabe uno dónde poner el pie.

Los criados no hacen más que ir y venir, y siempre dos ó tres cruzando el camino que hay desde el castillo á la ciudad.

La representación ha llegado por fin. Puedo asegurarte que jamás estuve tan trastornado y no precisamente por ese temor que siempre experimentamos cuando hemos de recitar algo para un público más ó menos numeroso, sino por otra causa.

Ya estábamos vestidos y dispuestos para empezar, y únicamente faltaba Teodoro.

Se le envió á buscar á su habitación y contestó que venía en seguida.

Y llegó en efecto, percibí sus pasos en el corredor antes de que apareciese, porque es tan grande la simpatía que experimento por él, que adivino sus movimientos á través de las paredes, y cuando comprendí que iba á poner la mano sobre el botón de la puerta me puse á temblar y el corazón me latía con una rapidez extraordinaria.

Parecióme, que algo muy importante en mi vi-

da, se iba de decidir y que había llegado para mí el momento solemne y esperado durante mucho tiempo.

La mampara se abrió lentamente, y un grito general de admiración saludó la llegada de Teodoro.

Los hombres aplaudieron y las mujeres se pusieron encarnadas, exceptuando Rosita que se puso sumamente pálida apoyándose en la pared como si una revelación repentina se hubiera hecho paso en su mente.

Yo la he creído algo inclinada á amar á Teodoro, y en aquel momento aún cuando en sentido inverso hizo el mismo movimiento que yo.

Quizás creyó que la hermosa Rosalinda era efectivamente una joven y encantadora mujer, y el débil castillo de naipes de su esperanza se desplomó de un golpe mientras que el mío se alzaba sobre sus ruinas. Al menos esto es lo que yo pensaba. Quizás me engañase, porque no estaba en estado de hacer apreciaciones exactas.

Sin contar á Rosita, había allí tres ó cuatro mujeres bellísimas, pero comparadas con Teodoro, aparecían de una fealdad extraordinaria.

La imagen, que hasta entonces no había hecho más que dibujarse débilmente con sus vagos contornos, el fantasma adorado y vanamente perseguido estaba allí, delante de mis ojos, vivo, palpitante, no envuelto en medias tintas ni vapores, sino en plena luz; no disfrazado como antes, sino en su traje verdadero; no bajo las formas de un hom-

bre, sino con todos los detalles de la más hermosa mujer.

Experimenté una sensación de bienestar enorme, como si una montaña se me hubiese quitado de encima. Se me desvaneció el horror que yo tenía de mí mismo, y en aquel momento ya no me miré como á un monstruo.

Se detuvo un momento en el dintel de la puerta, como para dar tiempo á la asamblea de expresar su admiración. Un torrente de luz la inundaba de los pies á la cabeza, y sobre el fondo sombrío del corredor, que se extendía tras ella, se destacaba como si la luz emanase de ella en lugar de recibirla.

Sus hermosos cabellos negros, entrelazados por cordones de perlas, caían en bucles naturales sobre sus espaldas; sus hombros y su pecho estaban descubiertos, y nunca he visto nada tan hermoso; el mármol más delicado no podía aproximarse á semejante perfección.

El traje que vestía era una especie de seda tornasolada, cuyos matices cambiaban según estuvieran en la luz ó en la sombra; un borcegui sumamente justo encerraba su pie, que no tenía necesidad de esto para ser sumamente pequeño, y las medias de seda escarlata se ceñían amorosamente alrededor de la pierna mejor torneada y más encantadora; sus brazos estaban desnudos hasta el codo y brotaban de una especie de nube de encajes, redondos, torneados y blancos, espléndidas como la plata bruñida, y de una delicadeza de líneas incon-

cebible; sus dedos, llenos de sortijas, agitaban muellamente un gran abanico de plumas de colores, que parecían formar un pequeño arco-iris, que apreciaba su rostro cuando á él lo aproximaba.

Era imposible, al contemplar aquella mujer incomparable, suponer que fuese el mismo Teodoro de Sesannes, con quien habíamos estado hablando poco antes.

Sin embarazo alguno en sus movimientos, como si aquel fuese su traje habitual, manejaba el vestido, el abanico y el pañuelo.

Después, aquel talle, aquella elegancia, aquella morbidez de formas, todo en el sér que ante mi vista se ofrecía, estaba revelándome la mujer.

La representación ha salido mucho mejor que yo podía esperar.

Teodoro, sobre todo, ha estado admirable; también ha dicho que yo he representado perfectamente mi papel.

Esto no quiere decir que yo tenga las cualidades necesarias para ser un buen actor; pero, por una casualidad muy singular, las palabras que yo decía respondían tan perfectamente á mi situación, que me parecía más bien inventadas por mí, que no tomadas de un libro.

En una de las escenas, cuando Rosalinda se quita la cadena de su cuello para entregársela á Orlando, que era el papel que yo tenía, me dirigió una mirada tan dulcemente lánguida, tan llena de encantadoras promesas, y pronunció con tanta gracia la frase: «Valiente caballero, llevad esto en me-

moria mía, como recuerdo de una doncella, y más os diera si más pudiera ofrecerlos,» que apenas si pude contestarla.

En el tercer acto, Rosalinda, vestida de hombre y bajo el nombre de Guismedes, reaparece con su prima Celia, que ha cambiado también su nombre por el de Alicera.

La impresión que sentí al ver á Teodoro, fué bien desagradable. Me consideré por un momento como el sér más monstruoso del mundo, puesto que mis deseos, mis sensaciones, todo en mí había recibido un gran consuelo al ver á Rosalinda.

Sin embargo, al fijarme bien en aquella figura, que iba irreprochablemente vestida, con su traje de la época de Luis XIII, no pude menos de comprender que aquellas prendas viriles encubrían un cuerpo femenino. Las caderas tenían una redondez en que no me había fijado antes; lo mismo que el pecho, que lo encontraba más lleno. En resumen, se comprendía que aquel traje no era el que verdaderamente convenía á su sexo.

Recobré algún tanto mi serenidad, y pude desempeñar lo mejor posible mi papel.

Quizás tú no conozcas esta obra, pero te aseguro que parece escrita exprofeso para expresar mi situación.

Orlando en la obra de que te hablo, lucha con la idea de que Rosalinda es verdaderamente una mujer, á pesar de su disfraz de hombre, y en esta lucha y como consecuencia de ella, cae enfermo, desespera á los médicos, hasta que Rosalinda se pro-

pone emprender su curación, y pronuncia estas palabras:

—Os curaré, si consentís en llamarme Rosalinda y venís á verme todos los días á mi cabaña, para que yo os preste mis cuidados.

Esto fué dicho con una insistencia tal, y dirigiéndome una mirada tan extraña, que no pude menos de dar un sentido algo más determinado, juzgando que se me hacía bajo aquella forma una advertencia.

Y cuando Orlando, ó sea yo, que como sabes desempeñaba aquel papel, le respondí: «Iré con mucho gusto, caballero,» me contestó, de un modo más significativo todavía y con cierto despecho por no ser bien comprendida: «No, no; llamadme Rosalinda; así es como debéis hacerlo.»

Tal vez me engañase, pero creí ver lo que quizás no existiese; pero me pareció que Teodoro había advertido mi amor, aun cuando jamás le hubiese hablado de ello, y que á través del velo de aquellas escenas prestadas, por decirlo así, hacía alusión á su verdadero sexo y á nuestra recíproca situación.

Porque no era posible, tratándose de una persona de tanto mundo y tan espiritual, que no hubiese comprendido desde el principio lo que pasaba en mi alma; porque, si mis labios estaban mudos, en cambio mis ojos y mi turbación pudieron haberle dicho bastante.

Alguna causa que yo ignoraba podía haber influido para que se disfrazara de hombre., siendo esto motivo para mí de tormentos.

Quizás esto no fuese verdad, pero el caso era que había pronunciado ciertas palabras con inflexiones acentuadas, y marcando de un modo sorprendente algunos pasajes, dando lugar con ello á mis suposiciones.

Me había olvidado de decirte que Rosita, después de haber rehusado el papel de Rosalinda, se había encargado de hacer un papel secundario en la obra, el de Phabe.

Esta, es una pastora de las Ardenures, de la cual está locamente enamorado el pastor Silvio. Phabe es fría, como la luna, de la cual toma el nombre, y que se muestra excesivamente fría con el pobre pastor.

En cambio, en cuanto ve á Rosalinda con el traje y el aspecto de Ganimedes, se enamora ciegamente de él, procurando por todos los medios posibles, alcanzar su amor.

Rosalinda, que, como comprenderás, dentro de la obra no puede corresponder al amor de Phabe, le hace toda clase de desprecios, la llena de injurias y de denuestos, que la infeliz desdeñada sufre con gran resignación y mansedumbre.

Rosalía ha salido muy bien de su papel, y cuan-

do Rosalinda le ha dicho: «Yo os amaría, si pudiera,» las lágrimas estuvieron á punto de brotar de sus ojos, porque aquella historia es la suya, así como la de Orlando es la mía.

La obra termina porque Rosalinda abandona, por fin, el traje de Ganimedes, recobrando el de su sexo, se hace reconocer por el duque como su hija, y por Orlando como su amada, y el dios Himeneo forma tres matrimonios, que son: los de Orlando con Rosalinda, Phabe con Silvio y el bufón Tonchstone con la inocente Andrey.

Esta representación que tanto nos había entretenido, tuvo para mí excelentes consecuencias, puesto que aquella especie de receta que Rosalinda me había dado, me produjo cierto bienestar, que parecía nacer de una esperanza que no podía definir, pero que ya me consolaba un poco.

Yo no tengo más que una especie de certeza moral, y como que las pruebas me faltan y no puedo permanecer mucho tiempo en este estado de incertidumbre, es menester que hable con Teodoro de un modo más preciso.

Sin embargo, he querido hacerlo una porción de veces, y no he podido encontrar la frase á propósito para empezar mi discurso.

Y no hay qué decir que no encuentre ocasiones para hacerlo, puesto que la libertad de que se disfruta en el campo, las facilita á cada momento.

Pero es el caso que cuando me acerco á Teodoro con la resolución de pedirle explicación de ese enigma, y llevo ya estudiado hasta el discurso que

he de pronunciar; en vez de pedirle la explicación que deseo, me pongo á hablarle de la lluvia, de la temperatura, de las flores, de todo menos de lo que realmente quiero.

Y entre tanto, la estación avanza, muchos de nuestros amigos nos han abandonado ya, y pronto regresaremos nosotros también á Paris. Por lo tanto, es menester aprovechar el tiempo.

Ya tengo formada mi resolución. Una vez que me falta valor para hablarle, le escribiré. Tal vez sea ridículo escribir una carta á una persona que vive en nuestra casa; pero ¡qué remedio me queda, sino éste!

Le he escrito, y aprovechando un momento en que Teodoro había salido, he dejado la carta encima de la mesa de su cuarto.

Veremos qué resultado tiene.

